

Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 3.

PONCE, PUERTO RICO, ABRIL 25 DE 1915.

NUM. 20

Puerto Rico Evangélico.

Órgano oficial de las iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, y Congregacional en Puerto Rico, en sustitución de El Testigo Evangélico y La Voz Evangélica.

Published semi-monthly on the 10 and 25 of each month.

Director y Administrador, Philo W. Drury.

Redactores:

Arturo Salguero Font, Mayagüez; E. A. McDonald, San Germán; A. R. Thompson, Lares; José Santana, Ponce; Juan Díaz, Juana Díaz; C. I. Mohler, Yauco; T. M. Corson, Humacao; Juan Robles, Fajardo; Macario Rodríguez, Yabucoa.

SUBSCRIPTION PRICES:

In the United States, Mexico, and Cuba,	50c a year.
In all other countries,	75c a year.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle Jobo núm. 7.

La correspondencia relacionada con la Dirección y Administración debese dirigida a PUERTO RICO EVANGÉLICO, Apartado 423, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las tres iglesias que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la Compañía Tipográfica "Puerto Rico Evangélico."

Una Idea Errónea.

En los países donde el romanismo ha dominado por largo tiempo se ha creado una atmósfera hostil para la religión, especialmente para el cristianismo, debido a las doctrinas y ritos absurdos que ese sistema religioso ha promulgado y practicado. Se ha formado la idea de que la religión consiste en aceptar y observar tales cosas, y naturalmente una gran parte de los habitantes se ha mostrado opuesta o indiferente a la religión. La causa de esto es el haber confundido la religión con el catolicismo. Lo que sucedió últimamente en Cuba viene a corroborar lo antedicho. El Sr. Juan R. Mott, el eminente estadista cristiano, dió una conferencia para hombres en uno de los teatros de la Habana, y

después uno de los oyentes, hombre prominente en la república vecina, manifestando su agrado, dijo: «Me gustó muchísimo la conferencia del Sr. Mott, especialmente porque no trató de la religión; habló acerca de Dios y Jesucristo.» Para este señor las doctrinas fundamentales del cristianismo—de Dios y Cristo—estaban divorciadas de la religión, es decir, la religión como él la había conceptuado. Seguramente para él la religión consistía en cumplir con ciertas formas, y no era una cosa vital, una cosa relacionada con la vida práctica, una relación personal con Dios. El romanismo es una degeneración del cristianismo de modo que cuando se habla de éste uno no piensa en aquél, por sus grandes diferencias.

Debido a este concepto que se ha formado de la religión, las iglesias evangélicas tropiezan con grandes dificultades. Como ya se ha formado una idea en cuanto a la religión, y ésta una idea desfavorable, muchas personas honradas y sinceras echan a un lado todo aquello que se denomina religión. Hay un prejuicio contra la religión, por lo que el romanismo ha hecho y enseñado en nombre de la religión. La mayor parte de estas personas no toma suficiente interés en el asunto para hacer un estudio de él, y como resultado vive sin religión. Por ejemplo, la iglesia romana y la iglesia evangélica creen en los milagros, pero existe una diferencia muy notable entre las ideas sustentadas por estas dos iglesias. La iglesia evangélica cree en el cristianismo como divino, autenticado por medio de milagros. Su creencia es razonable. Por otro lado, tenemos la iglesia romana con sus tradiciones, los milagros supuestos de santos, cosas absurdas y que fueron inventadas para engañar a los inocentes, hasta los milagros obrados por San Antonio y publicados en *La Verdad*, órgano romano de San Juan, y tales cosas consideradas como milagros son tan repugnantes a las personas pensadoras que todos los milagros se consideran como irrazonables e indignos de ser aceptados como verdícos.

Dada esta condición, le corresponde a la iglesia evangélica en los países romanistas ilustrar al pueblo en cuanto a la verdadera religión y ayudarle en distinguir entre el cristianismo y el ro-

manismo, El cristianismo posee un atractivo muy grande, pues llena las necesidades de la humanidad. Trata de Dios, el pecado, la redención, y cosas por el estilo, cosas que se relacionan prácticamente con la vida. El anhelo del corazón de conocer a Dios, gozar de la comunión con Él, disfrutar de la paz es universal, y únicamente se hallan tales experiencias cuando se entra en una relación vital con Cristo. La seguridad que da el cristianismo en toda su pureza y poder de las realidades espirituales, del perdón otorgado al hombre arrepentido, de poder estar

restituido a su relación de hijo, confiere un poder especial al cristianismo. Esto es lo que la humanidad desea, pero desgraciadamente no lo ha hallado en el romanismo, no espera hallarlo, y abandona la religión, llevando una vida estéril, sin paz, sin Dios.

El cristianismo ofrece al hombre lo que necesita para vivir bien, lo que necesita para morir bien. Que sea echado a un lado el prejuicio contra la religión, y que sea abrazada de todo corazón la religión de Cristo que está basada en las necesidades del hombre.



Los Libros.

Por Abelardo M. Díaz.

III Los Libros que Deben Circular en Puerto Rico.

Por último, enumeremos algunos de los medios que podemos y debemos emplear, para fomentar y acrecentar la necesitadísima difusión de libros que contribuyan a crear un ambiente favorable a la propagación del Evangelio entre todas las clases sociales de Puerto Rico.

Tengamos siempre muy en cuenta que la gente siente cada vez más la vivísima necesidad de leer, la que saciará con lo que tuviere a la mano. El hijo pródigo quería comer las algarrobas con que cebaban a los cerdos, porque no había carne ni otra clase de alimento más apetitoso que saborear. El hambriento, ya sea del estómago o de la inteligencia, no selecciona: coge y engulle lo que encuentra a su paso. Asimismo los portorriqueños amantes de la lectura, compran y leen los libros teosofistas, espiritistas, católicos y hasta ateos porque son los que únicamente se les ofrece. Y si no leen los libros evangélicos, como debían estarlos leyendo desde hace tiempo, se debe a que no los hallan en ninguna de nuestras librerías. El lector aquí, como el pródigo en el extranjero, desea y pide las algarrobas, porque no hay quien le dé carne. A nosotros, pues, nos toca proporcionarle libros que contengan la carne y la sangre del Evangelio, preparándole un espléndido banquete en que abunden los manjares del espíritu.

Para lograr esto es preciso tomar, lo más pronto posible, las siguientes medidas:

1ª. Recomendar eficazmente a nuestros amigos y conocidos que compren de A. Nin Frías, «Ensayos de Crítica e Historia,» «Estu-

dios Religiosos» y «El Árbol,» de Carlos Wagner, «La Vida Sencilla» y «Juventud,» de Edmundo Desmolins, «¿En qué consiste la Superioridad de los Anglosajones?» de Lamennais, «El Libro del Pueblo» y «Palabras de un Creyente,» de Castelar, «El Movimiento Republicano en Europa» y «La Civilización en los Cinco Primeros Siglos del Cristianismo,» de Sylvanus Stall, «Lo que debe saber el Recien Casado,» de Emma Drake, «Lo que debe saber la Recién Casada,» de Gabriel Compayré, «La Historia de la Pedagogía,» de Samuel Smiles, «El Deber,» «El Carácter,» «Ayúdate» y «El Ahorro,» «los cuatro evangelios de la vida perfecta,» como los llama un distinguido autor sudamericano.

Estas obras y otras más que, por fortuna, se venden en algunas librerías, no son libros de propaganda religiosa, pero contribuyen grandemente a la formación del carácter, a la pureza de las costumbres, al embellecimiento del hogar y al despertamiento de los más elevados ideales de la vida. Lejos de hostilizar a los principios evangélicos, están, por el contrario, en perfecta armonía con el espíritu del cristianismo.

2ª. Exigir, de una manera sabia y persistente, a los principales libreros del país que provean, cual es su deber y su propia conveniencia, a su ya nutrida clientela evangélica, ofreciéndole los libros que ella más estima y necesita. De esta labor debieran encargarse los directores de las misiones, después de ponerse en comunicación con los pastores y miembros de las iglesias evangélicas, y tam-

bién pudiera muy bien hacerlo el Comité de Literatura de la Federación de las Iglesias Evangélicas de Puerto Rico.

3ª. Establecer, bajo los auspicios de las misiones que trabajan en Puerto Rico, librerías o casas de publicaciones en las principales poblaciones de la isla para vender en ellas:

(1) Libros y folletos religiosos al alcance del pueblo.

(2) Libros religiosos de carácter científico o filosófico que puedan interesar a todos los intelectuales, tales como «El Problema del Mal,» por Naville; «Historia de la Reforma,» por Fisher; «Religión y Ciencias Naturales,» por A. Bettex; «Teología Natural,» por Paley; «Muchas Pruebas Infalibles,» por Pierson; «Evidencias Cristianas,» por Mair; «Ley Natural en el Mundo Espiritual,» por Drummond; «Vida de Jesucristo,» y «Vida de San Pablo,» por Stalker; «El Papa y el Poder Civil,» por Gladstone y Schaff; «La Causa y el Remedio de la Incredulidad,» por Nelson; «¿Quién es el Cristo?» por Bushnell; «Razones Sencillas contra los Errores e Innovaciones del Romanismo,» por Littledale; «La Cuestión Religiosa y la Solución Protestante,» por Eugenio Reveillaud; «El Porvenir de los Pueblos Católicos Romanos,» por Emilio Laveleye; «Christus Auctor,» por W. A. Candler; «Evidencias del Cristianismo,» por Paley, las obras de Pratt, etc.

(3) Además de éstos, estas librerías evangélicas, como las otras, deben vender libros de poesía, de ciencias, de arte, de historia, de viajes y de todo lo que pueda interesar al público en general.

Hechas las antecedentes consideraciones, que son en extremo deficientes, pero de positiva utilidad si hacemos el uso que de ellas debemos, quiero apelar a vuestra inteligencia como hombres y a vuestra conciencia como cristianos. Escuchadme unos momentos más.

Nosotros constituímos la gloriosa vanguardia del ejército evangélico que ha de efectuar la conquista religiosa de nuestra amada patria para Cristo, nuestro Maestro y Salvador. Nos toca abrir con valor y acierto la brecha, preparar el camino para los que vengan en pos de nosotros. Tenemos que echar los cimientos de la gran fortaleza espiritual que ha de asegurar al protestantismo el dominio

sobre la conciencia de nuestros paisanos. La astuta iglesia romana ha levantado, alta y muy sólida, la aparentemente inexpugnable muralla de los prejuicios étnicos y sociales que se oponen a nuestro avance. El libro será el formidable ariete que ha de agujerearla o la potente dinamita que la hará saltar en pedazos.

Los tradicionalistas y aun los impropriadamente llamados hombres de progreso nos han bloqueado como Inglaterra a Alemania, más los libros serán los submarinos y los zeppelines que llevarán al campo enemigo una prueba evidente de nuestra invencible vitalidad.

Los enemigos del Evangelio están esforzándose tenazmente por que la gente no visite nuestros templos ni escuche nuestros sermones y discursos, pero el libro hablará por nosotros, penetrando desde la choza de los jornaleros hasta la suntuosa mansión del capitalista, desde el humilde taller del obrero hasta la oficina del profesional.

Nosotros somos los humildes revolucionarios que queremos destruir la fortaleza del error y del pecado, para levantar sobre sus ruinas el glorioso reino de los cielos. Como los hombres de las otras revoluciones, portaremos en nuestras manos una tea que alumbré y destruya. Esa tea luminosa y destructora es el libro, que en sus nubes y deleznables páginas contenga el germen del Evangelio, el cual plantado en el corazón de los lectores, crecerá, florecerá y fructificará, brindando, al mismo tiempo, protección a los desamparados y sustento a las almas hambrientas. Bonald ha dicho: «Desde el Evangelio hasta el Contrato Social son los libros los que han hecho las revoluciones.» Y nosotros candidamente hemos tratado en vano revolucionar religiosamente a Puerto Rico sin libros, debido quizá a que, como dijo Jesús: «Los hijos de este siglo más prudentes son en su generación que los hijos de la luz.»

A leer, hermanos, mucho y bueno, y hacer que los demás lean no menos que vosotros. En el libro se encuentra la clave de nuestro triunfo en el futuro. Él hará mañana lo que no hemos podido hacer hoy. Mirando hacia el porvenir y confiando en Dios, difundamos, utilizando todos los medios posibles, la literatura evangélica, sana, profunda y espiritual, que ha de ser la salvación de este país, el cual

necesita ser creado a la imagen de nuestro heroico Capitán y constante Inspirador, Jesucristo, el Verbo de Dios, cuyas luminosas y vivificantes palabras constituyen el Libro Viviente de la Humanidad, en el que los hom-

bres aprenden el alfa y la omega de todas las cosas, y sobre todo, a amar a Dios y servir a su prójimo.

Caguas.



Problemas Sociales.

Por J. B. Nogueras.

(El siguiente artículo, que vió la luz últimamente en La Democracia, de San Juan, fué escrito por un estudiante de derecho en la Universidad de Puerto Rico, y a instancias de un condiscípulo suyo gustosamente le damos cabida en nuestro periódico. N. de R.)

En el pueblo de C . . . hay más de cuatrocientas tiendas, cafetines, inclusive, donde se expende toda clase de licores, llevándose la preferencia en cuanto al consumo los rones del país, verdaderos venenos (dada la cantidad excesiva de alcohol que contienen, perjudiciales al organismo) desde el punto de vista fisiológico, que es el científico y más perjudicial aun a la moral desde el punto de vista sociológico. Y lo que hoy decimos con respecto al pueblo de C . . . podríamos decirlo de casi todos los pueblos de Puerto Rico . . . Y así nos resulta esta isleta querida una taberna inmensa abierta siempre al vicio, al crimen y a la prostitución.

En Méjico, el pulque más que otra cosa ha contribuido al estado actual de desmoralización colectiva por que atraviesa la desgraciada república, y en Rusia, aquel país viril y fuerte poblado por titanes, el Vodka, lo que el pulque para los mejicanos y el ron para los portorriqueños, amenazó destruir el carácter, la fortaleza y la integridad de aquellos hombres hercúleos, nacidos para luchar en contra de los hielos polares y los lobos de la Siberia.

En Puerto Rico, el ron blanco, lleno de impurezas, ha destruído más vidas que todas las enfermedades juntas, ha sembrado de tristezas y amarguras miles de hogares y al presente avanza como una gran ola de dolor, gigantesca, amenazando destruir la familia misma, base de toda sociedad. Preciso es que nuestros legisladores tomen en cuenta el gran enemigo que nos amenaza a todos y se ocupen de este problema, de cuya resolución dependerán en el mañana, la tranquilidad, la paz y el sosiego de la familia portorriqueña.

Hace unas cuantas noches estaba sentado

en el balcón de cierta casa cerca del cuartel de la policía . . . Eran ya cerca de las diez; por la estrecha calle caminaban muy pocas personas . . . todo estaba en calma. Arriba, en el cielo, una luna clara, brillante iluminaba el valle solitario donde se halla encavado el pueblo de C . . . Por la angosta calle venían dos personas. Una de ellas, un joven como de veinte a veinticinco años, vestía traje blanco, llevaba gabán y zapatos. Un sombrero de paja del país cubría su cabeza. Su semblante iluminado por la luna, era pálido y sus ojos negros brillaban intensamente . . . A poco lo vi tambalearse, su amigo lo cogió del brazo y le dijo—«Ten cuidado que estamos frente al cuartel.» Estas palabras dichas en voz baja llegaron hasta mis oídos, inseguras, como si hubieran sido pronunciadas con temor. Pude notar el efecto que ellas produjeron en el joven, pues como si obedeciera a un impulso automático, trató de arreglar el paso y continuó. Bien pronto pasaron junto a mí . . . Yo les reconocí. El joven vestido de blanco había sido mi condiscípulo en otro tiempo. Más infortunado que yo había tenido que abandonar el pupitre dorado del estudiante antes de concluir el octavo grado, por la mesa del tabaquero, que si bien tan noble y tan honrado como la primera, es anti-higiénico, cambiar el ambiente del salón de escuela con su corrientes de armonías y felicidad por el aire asfixiante cargado de tabaco, del taller de una fábrica. Así descendiendo poco a poco en la escala social había ido mi amigo hasta que ya íntimamente anegado en aquel ambiente lleno de vicios se había confundido, y era uno de tantos . . .

Pero sigamos a los dos amigos por la calle antes que se nos pierdan en la curva de la ca-